



Victoriano Salado Álvarez

La aurora boreal

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Victoriano Salado Álvarez

La aurora boreal

Poco más de un sueño habría dormido, cuando sentí en la ventana golpes tremendos, como si quisieran derribarla. Al mismo tiempo oí gritos y carreras por la calle, y una campana que tocaba con un son extraño y lúgubre, no sé si agonías o rogativas.

Mi cuñado Naranjo llegó en pernetas, alumbrándose con una velilla de sebo y esgrimiendo con la mano izquierda un sable que debe de haber pesado varias arrobas, según el esfuerzo que hacía para levantarlo aquel jayán, membrudo y grandote como un «camichín».

De seguro son «tulices»; ya la amolamos; ni quién se figurara que iban a caernos ahora. ¿Tienes armas, Juanito? Si no aquí están mi «yoga», esta lanza y el trabuco naranjero del mozo... a las alturas...

Pero yo notaba que si parecía ser grande el pánico por fuera, se oían más voces de gentes que pedían misericordia, que gritos de quien pensaba en resistir un ataque o hacer frente a un enemigo.

Eso reflexionaba, cuando la criada de mi hermana apareció a medio vestir, trayendo en la mano un manojo de fétidas pajuelas de azufre (las cerillas, Dios las diera en aquellos buenos tiempos), y diciéndonos a voz en cuello:

-¡Ay, señores, por Dios! La iglesia está ardiendo; quién sabe si la «haigan» quemado los malditos «busas», que dicen se andaban rodeando!

Me vestí violentamente, y al abrir la puerta me encontré con el espectáculo más extraordinario que hubiera visto. La iglesia ardía, en efecto, pero también ardían las torres y los cimborrios de las capillas que se alcanzan a mirar a distancia, las paredes del convento de franciscanos, las casas consistoriales, las casas vecinas, nuestra propia casa y hasta nuestras personas.

Todo era de color rojo, lo mismo las piedras de la calle que el embaldosado de las banquetas. Las rejas de las ventanas parecían ascuas que ardían en el hogar de una fragua; el fango de los charcos semejava sangre; los vidrios parecían dejar salir el reflejo de una hornaza alimentada con inmenso combustible. Llovía; gotas levísimas descendían del cielo y eran como fuego tamizado que ponía espanto en todos los corazones; ante aquel chipi-chipi desconocido, todo el mundo se sorprendía de no sentir que las manos y la cara se le desollaran. ¿Y arriba? Arriba, hacia el norte, se notaba una claridad desusada que ya abarcaba todo el cenit, se extendía al oriente y al occidente y apenas se desvanecía un poco hacia el sur, como si el rojo vivo se bañara en leche. Cuando nos levantamos, la rojez se extendía nada más hacia las Siete Cabrillas, que se miraban como a través de un crespón de luego; después subía por todo el cielo.

Ráfagas blancas y movedizas se desprendían del norte y avanzaban hacia el sur; las estrellas aparecían más claras a medida que se alejaban del septentrión.

La villa entera estaba en la calle, suspensa, asustada, llena de horror y de pánico.

-¡Jesús, Dios mío! gritaba un vecino. ¡El mundo se está acabando!

-Vámonos a quemar con nuestro padre Jesús Nazareno; ya que arde su santuario, nosotros arderemos con él.

-El malvado Ortega, que acaba de echar a los sacerdotes de sus casas, es quien nos ha traído la cólera divina.

-¡Bandido! ¡Malos piojos se lo coman!

-¡Ya lo creo! Él es el causante de todo, ¿pues no ha derribado conventos e iglesias para abrir una calle que se llamará de la Exclaustración?

-Y otra que se apellidará de la «Reforma».

-Y otra de la «Desamortización».

-Y otra de la «Libertad».

-Pues a mí se me figura -decía un prudente- que esto no es sino el resplandor del incendio que está consumiendo a Zacatecas.

-No hay cuidado, señores, no hay cuidado -gritaba a voz en cuello- el sabio don Pedro; éste es un fenómeno natural muy hermoso: es la aurora boreal.

-¿Oyes tú? -decía uno de los presentes- Es un fenómeno, es como esos puercos que nacen con cuatro cabezas y esos muchachos que sacan seis brazos.

-¡San Antonio de Guadalupe!

-¡Virgen de Padua!

-¡Sagrado Corazón de Esquipulas!

-¡Madre mía de la Penitenciaría!

-¡Padre nuestro todopoderoso, criador del cielo y de la tierra... llena eres de gracia... ruega, señora por nosotros... ahora y en la hora... del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo... A ti suspiramos, gimiendo y llorando... El primero creer que es Dios Padre... Glorifica mi alma al Señor...!

Pero había algo que infundía espanto en el ánimo del menos asustadizo: las campanas seguían tañendo sin descanso, como si se hubieran vuelto locas y quisieran convocar a los muertos que reposaban a la vera de ellas. De repente, dominando el desconcierto de los asustados, se oyeron voces que se acercaban poco a poco y que decían:

-Dies irae, dies illa.

-Solvat soecolum in favilla.

-Teste David cum Sybilla...

Eran los frailes del convento de franciscanos que llegaban en ordenada procesión. Uno de ellos llevaba capa pluvial y leía en un libro con cantoneras de plata, y a su lado iban hasta doce sacerdotes con velas encendidas y entonando el refrán de aquel tremendo cántico.

El terror no conoció límites entonces.

-¡El mundo se acaba! -decían todos en el paroxismo del dolor y del miedo.

-Yo te quiero decir, Telésforo -decía la hermosa Lupe dando diente con diente-, que tenías razón en tus celos... Este niño no es tuyo, sino de...

-¡Calla mujer, calla y no digas más, que todo te lo perdono! Así nos perdone Dios.

-Acúsome que he engañado a mi marido -decía una voz.

-Acúsome que he sido una mala mujer -gritaba otra.

-Me confieso a Dios de haber faltado a la fidelidad que debía a mi esposa -vociferada un bárbaro.

-Y yo de haber denunciado una casa del convento...

-Pero, señores -predicaba sin cesar don Pedro-, si es un fenómeno natural..., raro en estas latitudes, es cierto..., pero natural... Es la corriente eléctrica..., la aguja imantada..., el polo...

Pero nadie escuchaba a aquel sabio barato, sino a los frailes que cantaban: «Sonará la trompeta esparciendo sonido para que los pecadores comparezcan ante el trono...»

-¡Misericordia, Señor, misericordia y no me condenes!

-¡Señor mira que me duele haberte ofendido!

-Y las voces que se alejaban seguían cantando: «Lloro como un reo; la culpa enrojece mi semblante; perdonad, ¡oh Dios! al que te ruega...»

-He faltado a mi marido y me arrepiento...

-No me castigues, Señor, por mis culpas...

-He sido ladrón, fullero y mal hombre.

Y el himno medieval gritaba en una aspiración suprema: «Me diste la esperanza tú que absolviste a María y escuchaste al ladrón... Mis oraciones no lo merecen; pero tú eres bueno y no me dejarás perecer en fuego eterno... Los malvados irán a las llamas; a mí convócame con los elegidos».

-¡Pero, señores -decía desgañitándose el enciclopedista-, si esto no es nada, si no hay tal lluvia de fuego, si es el efecto natural!

Pero la voz se le ahogó en la garganta, porque vio como todos vimos que del balcón historiado de su casa bajaba a toda prisa un bulto, un hombre que después de poner el pie en el suelo echaba a correr como alma, que lleva el diablo.

-¡Un ladrón! -gritó el sabio de mentirijillas-. Se prevalió de la confusión para meterse a casa y robar la caja...

Cuatro o cinco emprendimos la carrera tras él; pero yo, que llegué el primero me encontré con que no había tal ladrón: era Vidal López, el marido de Concha, hija de la cocinera, que trataba de escurrir el bulto lo mejor que podía...

-¡Ah, infame! -gritó don Pedro, que se presentó echando venablos- ¿Qué buscabas por mi casa?... No, no hay tu tía; ese es el balcón del cuarto de mi mujer... ¿Que ibas con Epitacia la criada? Pero si la Epitacia duerme abajo, en la cochera... Ya nos arreglaremos...

Y volvió al núcleo: es un fenómeno, muy frecuente en Spitzberg... El siglo pasado tuvieron nuestros abuelos otra quizá más vistosa y nada les pasó. No perdieron pie ni mano... Todo consiste en las corrientes magnéticas...

Poco más había transcurrido cuando notamos que el cielo se empalidecía; que por el oriente aparecían nubecillas que arrebolaban, no con el matiz de sangre líquida, sino con el rubor dulce y delicado que, invade las mejillas de una hermosa al oír frases de amores; y que, por último, el sol, como una moneda reluciente que acaba de salir del baño galvánico, aparecía alumbrando «alcores» y collados y riéndose de las caras espantadas de los que creían llegaba el «Dies irae» anunciado juntamente por David y la Sibila.

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



editorial del cardo